

El progreso del Peregrino (XVII)

Continuación

colocaciones, honores, ascensos, títulos, países, reinos, concupiscencias y placeres, y toda clase de delicias, como son rameras, esposas, maridos, hijos, amos, criados, vidas, sangre, cuerpos, almas, plata, oro, perlas, piedras preciosas y muchas cosas más.

En ella se encuentran también constantemente truhanerías, engaños, juegos, diversiones, arlequines, bufones, bribones y estafadores de toda especie.

No para en esto sólo: allí se ven, y eso de balde, robos, muertes, adulterios, falsos juramentos; pero no como quiera sino hasta los de color más subido.

Como en otras ferias de no tanta importancia, aquí se encuentran también varias calles y travesías destinadas a mercancías especiales. Algunas de estas calles y pasadizos llevan el nombre de reinos y países especiales, donde están expuestos géneros peculiares de ellos; calle de España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, etc. Pero como en todas las ferias hay siempre un género que prevalece más, así en ésta también el de Roma priva mucho, sólo que en la nación inglesa y en algunas otras se han disgustado bastante con él, y tratan de hacerle competencia.

Pues bien; el camino de la ciudad celestial pasa precisamente por medio de esta población, y el que quisiera ir a la ciudad celestial sin pasar por ella le sería necesario salir del mundo (1 Co 5:10).

El mismo Príncipe de los príncipes, cuando estuvo en el mundo, tuvo que pasar por esta población para llegar a su propio país; tuvo también que hallarse en la feria; y, según creo, el mismo Beelzebub era entonces señor de ella, y le invitó en persona a comprar de sus vanidades, y aun más, le hubiera hecho dueño de ella con sólo que le hubiese hecho una reverencia al pasar por la población. Como era persona de tanta categoría, Beelzebub le condujo de una en otra calle y le mostró todos los reinos del mundo en un instante de tiempo por si podía seducir a aquel Bendito a comprar algunas de sus vanidades; pero a ninguna de ellas tuvo apego, y salió de la ciudad sin gastar siquiera un céntimo en sus vanidades (Lc 4:5-8). Esta feria, pues, es muy antigua y de mucha consideración.

Por esta feria era menester que los peregrinos pasaran, y, efectivamente, así lo hicieron; pero apenas se apercibieron de ello, toda la gente y la población misma se conmovió y hubo un alboroto por su causa. Voy a contar las razones de esto:

1. Siendo el vestido de los peregrinos muy diferente del de los que comerciaban en aquella feria, la gente no se cansaba de mirarlos; unos decían que eran tontos, otros que estaban locos, otros que eran extranjeros (Job 12:4).

2. Y si mucho se maravillaban de sus vestidos, no menos se asombraban de su hablar, porque eran pocos los que podían entenderlo. Naturalmente, hablaban el idioma de Canaán, y la gente de la feria hablaba el de este mundo; así que de un lado a otro de la feria parecían bárbaros los unos a los otros (1 Co 2:7-8).

3. Pero lo que más asombró a los traficantes era que estos peregrinos hacían muy poco caso de sus mercancías; ni aun se tomaban siquiera la molestia de mirarlas, y si se les llamaba a comprar, tapándose los oídos, exclamaban: —Aparta mis ojos para que no vean la vanidad (Sal 119:37). Y miraban hacia arriba, como dando a entender que sus dependencias estaban en el cielo (Fil 3:20-21).

Uno, queriendo mofarse de estos hombres, les dijo burlándose: ¿Qué queréis comprar? Y ellos, mirándole con ojos serios, le dijeron: Compramos la verdad (Pr 23:23).

Esta respuesta fue motivo de nuevos desprecios; unos se burlaban de ellos, otros los insultaban, otros terceros los escarnecían, y no faltó quien propusiese el apalearlos. Por fin llegaron las cosas a tal extremo, y hubo tan gran tumulto en la feria, que se alteró el orden por completo. Entonces se dio parte de ello al principal de la feria, el cual, personándose en el sitio de la ocurrencia, encargó a algunos de sus amigos de confianza que examinasen a los que habían puesto en confusión a la ciudad.

La Feria de la Vanidad

1. "¿Quién viene allí?" preguntó Fiel. Cristiano se dio vuelta. "Es mi buen amigo Evangelista." "Tengo gran gozo," dijo Evangelista, "porque vosotros habéis sido victoriosos. Pero aún no estáis fuera del alcance del Diablo. Iréis a un pueblo en donde los enemigos harán todo lo posible por quitaros la vida. Uno de vosotros morirá allí. Pero sed fieles hasta la muerte y entregad sus almas a Dios."



2. Ahora, el camino a la Ciudad Celestial pasa por el pueblo Vanidad y su feria: la Feria de la Vanidad. Cuando entraron los peregrinos hubo un alboroto, pues su ropa y su lenguaje les eran extraños. Uno, en tono de burla, les dijo: "¿Qué compraréis? Ellos, mirándole seriamente, dijeron: "Compramos la Verdad." Con esto algunos les hacían burla, otros les insultaban, y hubo también quien incitara a la gente a apalearlos. Hubo un gran tumulto.

Fueron llevados, pues, para ser interrogados, los que los juzgaban les preguntaron de dónde venían, adónde iban y qué hacían allí en traje tan extraño. —Somos peregrinos en el mundo—contestaron—, y nos dirigimos a nuestra patria, que es la Jerusalén celestial (He 11:13-16). No hemos dado ocasión a los habitantes de la ciudad, ni tampoco a los feriantes, para abusar de nosotros de tal manera y detenernos en nuestro viaje, como no sea porque hemos contestado a lo que nos pedían que compráramos, que nosotros sólo quisiéramos comprar la verdad. —Mas el tribunal de los jueces declaró que estaban locos y habían venido solamente a perturbar el orden de la fiesta. Por lo tanto, los prendieron, los hirieron con golpes, y, llenándolos de inmundicia, los encerraron en una jaula para servir de espectáculo a todos los hombres de la feria; allí, pues, quedaron por gran tiempo, y fueron hechos el blanco de la diversión, malicia o venganza de cualquiera. El principal de la feria se reía de todo esto, al mismo tiempo que, siendo ellos inocentes y "no volviendo maldición por maldición, sino antes por el contrario, bendiciones", dando buenas palabras por malas y favores por injurias, algunos hombres de la feria, que eran más observadores y más despreocupados que los demás, empezaron a contener al vulgo y reprenderlo por sus injustificados abusos y atropellos. Mas éste, irritado, se volvió contra ellos, llamándolos tan malos como los de la jaula, e indicando sus sospechas de que eran aliados, amenazándoles con las mismas penas. La réplica de aquéllos fue enérgica: Nuestros peregrinos —dijeron— son pacíficos y sobrios, a lo que hemos podido ver, y no intentan hacer mal a nadie; muchos de los feriantes merecían ser puestos en la jaula y en el cepo mejor que esos pobrecitos, de quien se ha abusado tanto.

Así continuaron largo rato en contestaciones, mientras los pobres presos se conducían con toda sabiduría y templanza, hasta que aquéllos llegaron a las manos y se herían unos a otros. Entonces los dos presos fueron llevados de nuevo delante de sus interrogadores, y allí acusados de haber promovido la reciente confusión en la feria. En consecuencia, los apalearon lastimosamente, les pusieron las cadenas, y así encadenados, los pasearon por toda la feria, para escarmiento y terror de los demás, a fin de que nadie tomase su defensa o se juntase con ellos. Pero Cristiano y Fiel se portaron con gran sabiduría, y recibían la ignominia y la vergüenza a que se les exponía, con tanta mansedumbre y paciencia, que ganaron en su favor unos cuantos de los hombres de la feria (aunque por cierto fueron muy pocos relativamente). Esto exasperó mucho más a los de la otra parte, así que resolvieron la muerte de estos dos hombres. Por cuya razón los amenazaron con que, no bastando jaulas ni cadenas, deberían morir, por el abuso que habían cometido y por haber engañado a los hombres de la feria. Así que los encerraron otra vez en la jaula y los metieron en el cepo, hasta que se determinase lo que se había de hacer con ellos.

Entonces se acordaron estos dos de lo que Evangelista les había dicho, y este recuerdo los confirmó tanto más en sus caminos y sufrimientos, cuanto que ya se les había anunciado. También se consolaban mutuamente con el pensamiento de que el que más sufriese llevaría la mejor suerte, por lo cual ambos deseaban en secreto tener la preferencia; mas siempre poniéndose en manos de Aquel que dispone todas las cosas con sabiduría y acierto altísimos. Así continuaron hasta que se resolviese otra cosa.

Entonces se concedió tiempo para el proceso y consiguiente condenación. Llegado el día, fueron presentados en público y acusados. El nombre del juez era el excelentísimo señor Odio-allo-bueno. Su acusación fue la misma en sustancia, aunque algo variada en la forma; los cargos que contenía eran como siguen; "Que eran enemigos y perturbadores del comercio; que habían producido conmociones y bandos en la ciudad, y se habían ganado un partido a sus opiniones peligrosísimas en desacato de la ley de su Príncipe."

Pidió Fiel la palabra para defenderse, y dijo: —Sólo me he opuesto al que se había levantado primero en contra de Aquél que es más superior al ¡más alto! En cuanto a los disturbios, yo no los he promovido, soy un hombre de paz; los que tomaron nuestra defensa lo hicieron al ver nuestra verdad e inocencia, y no han hecho más que pasar de un estado peor a otro mejor. Y por lo que

atañe al rey de quien habláis, que es Beelzebub, el enemigo de nuestro Señor, yo le desafío a él y a todos sus secuaces.

Entonces se hizo un pregón para que los que tuviesen algo que decir en pro de su Señor el rey, y en contra de los reos, compareciesen desde luego y diesen su testimonio. Presentáronse tres testigos, a saber: Envidia, Superstición y Adulación. Preguntados si conocían al reo, y sobre lo que tenían que decir contra él y en pro de su Señor el rey, se adelantó Envidia, y habló como sigue:

ENVIDIA - Excelentísimo señor: He conocido a este hombre por mucho tiempo, y atestiguaré, bajo juramento, delante de este tribunal, que es...

JUEZ - Esperad. Prestad primero el juramento.

Hecho esto, prosiguió:

—Señor: Este hombre, a pesar de su buen nombre, es de los más viles de nuestro país, pues no tiene respeto a Príncipe ni pueblo, a ley ni costumbre, sino que hace lo posible para infundir en todos sus pérfidas ideas, por lo general, llama principios de fe y santidad. Concretando más, yo mismo lo he oído decir que son diametralmente opuestos el Cristianismo y las costumbres de nuestra ciudad de Vanidad, y que no podían, en manera alguna, reconciliarse; por lo cual, excelentísimo señor, no solo condena nuestros procederres laudables, sino también los que los seguimos.

JUEZ - ¿Tenéis algo más que añadir?

ENVIDIA - Mucho más podría decir si no temiese ser molesto. Sin embargo, si es preciso, cuando los otros señores hayan dado testimonio, a fin de que nada falte para condenarle, ampliaré mi declaración.

JUEZ - Podéis retiraros.

Llamaron luego a Superstición y le mandaron que mirase al reo y que dijese lo que supiera contra él y a favor del rey. Tomáronle entonces el juramento, y empezó así:

SUPERSTICIÓN - Excelentísimo señor: No conozco mucho a este hombre, ni tampoco lo deseo. Sin embargo, esto es lo que sé, por una conversación que tuve con él en esta ciudad: que es muy pernicioso. Le oí decir que era vana nuestra religión, y tal que con ella nadie podía agradar a Dios, de cuyo dicho sabéis muy bien lo que necesariamente se desprende, a saber: que todavía ofrecemos culto en vano; que estamos todavía en nuestros pecados y que, por fin, hemos de ser condenados. Esto es lo que tengo que decir.

Entonces se tomó el juramento a Adulación y se le mandó decir lo que supiera contra el reo.

ADULACIÓN - Excelentísimo señor, y vosotros señores que formáis parte del tribunal: Conozco ya de mucho tiempo a este acusado, y le he oído decir cosas que nunca deben decirse, porque ha injuriado a nuestro noble Príncipe Beelzebub, y ha hablado con desprecio de sus ilustres amigos el señor Hombre-Viejo, el señor Deleite-Carnal, el señor Comodidad, el señor Deseo-de-Vanagloria, el anciano señor Lujuria, el caballero Gula, con todos los demás de nuestra nobleza. Ha dicho además que si todos los hombres pensasen como él, a ser posible, no quedaría ni uno de estos nobles en la ciudad. Más aún. No ha reparado en injuriar a su señoría, que ha sido nombrado su juez, llamándole bribón, impío, con cuyos términos y otros igualmente injuriosos y despreciativos, ha vilipendiado a la mayor parte de los personajes ilustres de nuestra ciudad.

Cuando Adulación hubo concluido su deposición, el juez se dirigió al reo, diciendo:

Vamos, renegado, hereje, traidor: ¿has oído lo que estos respetables señores han testificado contra ti?

FIEL - ¿Se me permite decir unas cuantas palabras en mi descargo?

JUEZ - ¡Ah, malvado! No mereces vivir ni un momento más; mereces sólo morir en el acto; sin embargo, para que todos vean nuestra suavidad para contigo, ¿qué es lo que puedes decir?

FIEL - Primero. Digo, en contestación a lo que el señor Envidia ha testificado, que yo no he dicho nunca otra cosa más que lo siguiente: Que cualquier regla, cualesquiera leyes o costumbres, o personas que estén directamente en contra de la Palabra de Dios, son

Continuará